

tin, y de la de los carmelitas: hospitalaria la primera, muy poco tenemos que decir acerca de ella, pues cuanto dijéramos queda ya espuesto en defensa de otros institutos análogos, y así todo lo que se descubre en la erección de esta orden es el exceso de vida que daba movimiento al cuerpo religioso, á ese cuerpo espiritual, que comunicando al mundo su savia le rejuvenecía con su fragancia, y siempre estuvo dispuesto para salvarle, siendo la única áncora de la nave social, el único puerto de la humanidad, el solo asilo de la civilización, siendo inútiles cuantos esfuerzos se hagan por arrebatárle estas glorias, porque todos se estrellarán contra la roca invulnerable de los hechos, contra el muro inespugnable de la historia. Los servitas son una protesta del vicio, puesto que los hijos de este instituto bajo la protección de María, entran con fé en el camino de la perfección, y bajo la protección de María renuncian sus bienes, y bajo la protección de María los distribuyen á los pobres, ejerciendo así con la humanidad aquello del Evangelio: "Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes y dalo á los pobres;" lo cual no creemos están muy dispuestos á hacer sus enemigos, y no lo creemos, porque la ambición y la avaricia los domina, y tampoco creemos que son humanitarios, porque estos vicios no son los mas á propósito para sacrificar sus adoradores por la humanidad, sino para oprimirla y vejarla. En el

mismo caso se hallan los ermitaños de S. Agustín y los carmelitas; ellos, como todos los demas, llevaban al claustro el fin honesto de sacrificarse por sus hermanos y de ejercitar para con ellos todas las virtudes, el fin santo de aplacar por medio de la penitencia la justicia divina, el fin caritativo de pedir por los bienes temporales y espirituales de todos, y por medio de la oración hacernos propicio el cielo. En tal concepto creemos que son mas humanitarios que sus enemigos y mas acreedores á la benevolencia y consideración del mundo, que los que corrompen la sociedad con sus vicios, ultrajan la civilización con sus desórdenes y atropellan y abusan de la humanidad haciéndola el instrumento de su torpe egoísmo: para probar á nuestros enemigos todo esto necesitamos muy poco, pues con girar la vista en torno nuestro se ofrecen de tropel los hechos á nuestra vista; por eso han caído en el desprecio de todos, nadie les oye, todos se alejan de ellos como de un contagio, y tales hombres si han podido seducir, llegó el día del desengaño, y hoy nadie les hace caso, á escepción de algunos pocos á quienes mueve el interés y anima el odio, interés y odio que son el efecto de su egoísmo y de sus miras ambiciosas; nosotros no los aborrecemos, los amamos, y así escribimos esto por si conseguimos su enmienda que es toda la venganza que deseamos y toda la satisfacción que pedimos.

Esputo cuanto acabamos de decir, vamos á entrar en el relato, y á narrar los principios y santos propósitos de otras dos órdenes que se fundaron por este tiempo, que fueron y son celebérrimas en todo el mundo, y que de propósito hemos dejado para este lugar; habló de la de mi seráfico padre S. Francisco, y de la de mi padre santo Domingo; voy, pues, á tratar de los frailes menores y de los predicadores, cuya regla fué aprobada por Inocencio III. Sin embargo de haber este pontífice prohibido que se introdujeran nuevas órdenes, aprobó éstas merced á un milagro, y nosotros nos detendremos en su relato tomándolo desde el principio. La mujer de Pedro Bernardone, mercader acomodado de Asís, tuvo la vision de un ángel que la intimó ir á salir de su parto sobre la paja de un establo. Allí dió á luz un niño, que recibió en el bautismo el nombre de Juan. Como acudian muchos franceses á la tienda de su padre, el mancebo adquirió, platicando con ellos tanta facilidad en espresarse en sus idiomas, que le dieron por sobrenombre *Francesco*, Francisco ¹.

Después de haberse mostrado en un principio jovial, de humor vehemente y emprendedor, buen poeta, se convirtió á la edad de veinticinco años. Habiéndose dirigido á Foligno, vende allí todas las

¹ F. Gue. Chauvin. Historia de S. Francisco de Asís. Paris, 1841.

mercancías que llevaba, y en seguida lleva á un sacerdote el dinero que habia recibido. Como éste se negara á aceptarlo, tira el dinero por la ventana. Su padre, hombre económico, cree que ha perdido el juicio, le lleva ante el obispo y hace que por tal le inhabilite. Satisfecho con esta medida, se desnuda enteramente, y para cubrir su desnudez se ve obligado el obispo á echarle su manto: después renuncia á su padre, se hace adoptar por un pobre petate y empieza á predicar exhalando en sus discursos la caridad que reboaba en su seno; y lisonjeándose de conquistar el mundo con la predicacion popular, prosigue su tarea cubierto de andrajos.

Su primer discípulo fué Bernardo, vecino de Asís. Consultándole éste sobre si debia abandonar el mundo, respondió: *Consúltaselo á Dios*. Habiendo abierto al acaso el libro de los Evangelios, leyó estas palabras: *Si quieres ser perfecto, vende lo que posees*. Volvió á abrir por otra parte y leyó: *No lleses en viaje oro, ni plata, ni alforjas, ni túnica, ni báculo, ni sandalias*. "Eso es lo que busco, esclama entonces Francisco; eso es lo que mi corazon anhela, esa es mi regla;" y se deshizo de cuanto aun le quedaba, á escepcion de una túnica con la capucha que ajustó á su cintura con una soga.

Así aparece en un mundo embriagado de riquezas y de placeres; así va predicando la pobre-

za por el mundo de Ezzelino y de Federico, proclamando el amor en un tiempo de odios, de supersticiones y de guerras. Diez y seis compañeros se le habían reunido; sometiéndose con ellos á las más ásperas penitencias, y se condenó á una pobreza absoluta, renunciando hasta la posesion de los muebles más indispensables, hasta el punto de no considerar como suyos ni aún su hábito y sus libros.

Francisco obtuvo de los benedictinos una pequeña capilla cerca de Asís, llamada *Porciúncula*; y habiéndola reedificado, echó allí los primeros cimientos de su orden, á la cual señaló por humildad el nombre de religiosos menores; le dió por mision vivir en medio de los pobres, de los enfermos, de los leprosos, trabajar y mendigar para proporcionarse el sustento.

Haciendo completa abnegacion de su propia voluntad decia Francisco: *Dichoso el siervo que no se tiene por mejor cuando es ensalzado por los hombres que cuando es infamado y maldecido, porque el hombre no es más ni menos que lo que aparece delante de Dios.* Como si no le bastara abrazar á todos los hombres en su amor, lo estiende á todas las criaturas, y va cantando por los bosques, invitando á los pájaros, á quienes llama sus hermanos, á celebrar al Criador en su compañía: ruega á las golondrinas, sus hermanas, que suspendan sus gorjeos mientras predica: las moscas y hasta la ceni-

za, son también sus hermanas. Si canta una cigarrá, la escita á alabar al Señor. Conjura á las hormigas, de manifestar mucha codicia por el porvenir; separa del camino el gusano que puede ser aplastado; hace llevar miel á las abejas en el invierno; salva las liebres y las tórtolas que persigue el cazador; vende su capa para libertar á una oveja del cuchillo del carnicero; en fin, quiere el día de Navidad que se dé al asno y al buey una racion mayor que la de costumbre.

Aquí tienen los humanistas un bello tipo de esos de su devocion; pero seguramente como es fraile no les cuadrará, como si llevara el nombre de Washington ú otro parecido. Sin embargo, oigámosle que sigue invitando aun á los inanimados á alabar al Señor: Los trigos¹, dice, las viñas, las

¹ Es una particularidad notable entre los frailes esta veneracion á las palabras de Dios, y al cuidado que tienen de conservar los árboles históricos. Ya hemos hablado del árbol de S. Benito en Nápoles. En Roma se complacen en ir á disfrutar el fresco bajo aquel donde S. Felipe de Neri elevaba á la virtud por la contemplacion de lo bello, á los jóvenes de su oratorio. En Milan se enseña en santa Sabina un naranjo plantado por santo Domingo, y otro en Foudi por santo Tomás de Aquino. Si Aristóteles ó Theofrasto escribiesen en el día la historia, no descuidarian estas particularidades. También se conserva la zarza en que el S. P. S. Francisco se arrojó huyendo de una tentacion de la carne; zarza que desde entonces quedó sin espinas y se ha hecho tan comun, que se encuentra en casi todos los conventos de la orden y en muchos jardines.

rocas, las selvas, cuanto tienen de hermoso los campos y los elementos, le estimulaba al amor del Criador; y cada convento tuvo que recibir en su jardín un cuadro de las flores más lozanas, á fin de alabar allí al Señor.

La plenitud de esta alma afectuosa se espaciaba en poesías originales como el que las componía, donde no se hallaba ninguna reminiscencia de la antigüedad, sino una viva ternura de corazón é impulsos de amor infinito. Fué uno de los primeros que emplearon en himnos piadosos la lengua italiana; y uno de sus primeros discípulos, Fr. Pacífico, mereció la corona poética adjudicada por Federico II.

Viendo S. Francisco que el número de los frailes menores se iba aumentando considerablemente, pensó en darles una regla escrita. Como se ocupase de este pensamiento, le pareció durante la noche, que había reunido tres migas de pan estremadamente pequeñas, y que le era preciso dis-

En Estremadura se conserva en el convento del Palancar de Franciscos descalzos, un laurel que echa las hojas secas y una higuera en el del Hoyo, cuyo palo es de ojaranzo y echa hojas de higuera é higos esquisitos: el primero atestigua un milagro de S. Pedro de Alcántara, pues era el árbol bajo el cual se recogía cuando lavaba la túnica; y la segunda su humildad, pues aclamado santo por los pueblos de la comarca, huyendo la vanidad: "Cuando este palo eche higos, dijo clavando en el suelo el báculo, seré yo santo;" y el báculo reverdecido, conservó su palo, echó hojas de higuera y dió higos.

tribuir las entre una multitud de frailes hambrientos. Temía no se le perdiese entre las manos, cuando una voz le dijo: "Haz una hostia y dá de ella al que quiera alimento. Lo hizo, y el que no recibía con devoción la partícula que le tocaba, se cubría de repente de lepra. Contó Francisco su visión á sus hermanos, sin comprender el sentido; pero al día siguiente, al tiempo de estar orando, una voz del cielo le dijo: "Francisco, las migas de pan, son las palabras del Evangelio; la hostia es la regla, la lepra es la iniquidad."

Se retiró entonces con dos compañeros á una montaña, donde, ayunando á pan y agua, hizo escribir su regla, según se la dictaba interiormente el Espíritu Divino. Principia de esta manera: "La regla de los hermanos menores, es observar el Evangelio, viviendo en la obediencia sin propio y en castidad." Para entrar en su orden se debían vender todos los bienes en provecho de los pobres y sufrir antes de pronunciar los votos un año de rigorosas pruebas. Los superiores se llamaban servidores, y todos, siendo *hermanos menores*, rivalizaban en humildad, lavándose los pies unos á otros. El que sabía un oficio, podía ejercerle para ganar su sustento; de lo contrario iba en husca de víveres, pero no de dinero. La misma orden no podía pasar nada que no fuera lo estrictamente necesario. Los *hermanos menores* debían tener especial cuidado de los pobres, de los

desterrados, de los mendigos, de los leprosos. El que estando enfermo se impacienta y reclama remedios, es indigno del título de hermano, pues muestra más cuidado por su cuerpo que por su alma. Que no frecuenten las mujeres, pero que las prediquen siempre la penitencia. Si alguno de ellos peca con ellas, que al momento sea echado. En viaje, que no lleven mas que su hábito, sin siquiera un palo; y si encuentran ladrones, que se dejen despojar. Que solo prediquen los que tengan autorizacion para ello, y se comprometan á enseñar la doctrina de la Iglesia sin tomar fórmulas de la ciencia profana, sin buscar los sufragios. Un general, elegido por todos los miembros, residirá en Roma, asistido de un consejo; de él dependerán los provinciales y guardianes. Los capítulos generales se comprenderán de los gefes de cada provincia, de los guardianes y diputados de cada convento. Toda comunidad tendrá un capítulo cada año: los superiores de Italia se reunirán todos los años, y cada tres años los del otro lado de los Alpes y de Ultramar.

Inocencio III, á quien se presentó Francisco (1210) pidiéndole la confirmacion de su orden, es decir, el derecho de predicar, de mendigar y no poseer nada, pensó primero que la tarea era superior á las fuerzas humanas; en su consecuencia respondió con una negativa. Pero en una vision le pareció que la iglesia de S. Juan de Letran

amenazaba ruina, y que estaba sostenida por dos hombres, el uno italiano y el otro español; Francisco de Asís y Domingo de Guzman. Aprobó, pues, la orden, primero de viva voz (1215), y despues solemnemente en el concilio de Letran.

Cuatro años despues de aprobada la orden por la Santa Sede, contaba solo en Italia cinco mil religiosos, y se multiplicaron despues tanto, que á pesar de la reforma que separó de la Iglesia la mitad de Europa, llegó á contar más de doce mil conventos repartidos por todo el mundo, con un número suficiente de individuos cada uno. Eran los miembros de una corporacion que tenia por sede el mundo y por hijos á cuantos adoptaban las rígidas virtudes. Derramábanse por todas partes con los piés descalzos, como los pobres de entonces, espresándose en el lenguaje vulgar, hablando al pueblo como gusta se le hable, con vehemencia, con energía, con fuerza, y exhortándole con el ejemplo á la práctica de la virtud, sin tener en cuenta respetos humanos, esponiéndose á todo, arrojándose á todo, persecuciones, burlas, tormentos y hasta la muerte por el triunfo de la verdad. Así es, que el santo fundador queria, si quebrantaba el ayuno, que todo el mundo lo supiese por medio de una espontánea confesion y de una pública penitencia. Tanta virtud atrajo sobre él singulares favores del cielo, entre otros el de que el Señor le imprimiese sus santísimas llagas que lle-

vó en su cuerpo hasta la muerte; señal hermosa del amor de Jesucristo hácia este varon mortificado y penitente, hácia este justo santificado por el amor y la penitencia, modelo de virtudes evangélicas, y que por más que critiquen sus enemigos, siempre resplandecerán para bien de la sociedad y apoyo de la civilizacion.

El mismo hombre arroja su afectuosa palabra entre los encolerizados odios. Informado de que existia una cuestion entre los magistrados y el obispo de Asis envió á sus hermanos á cantar al obispo su cántico del *sol*, al cual añadió estas palabras: "¡Lorado sea el Señor en aquellos que perdonan por su amor y sufren con paciencia las penalidades y tribulaciones!

"Bienaventurados los que perseveran en la paz, porque ellos serán coronados por el Altísimo."

No fué preciso más para apaciguar la irritacion. "El dia de la Asuncion del año 1222, dice Tomás, archidiácono de Espalatro, siguiendo las escuelas en Bolonia, ví á Francisco predicar en la plaza delante del palacio público, donde estaba casi toda la ciudad reunida. El exordio de su sermon fué el de hablar de los ángeles, de los hombres y de los demonios. Se espresó tan bien sobre estos espíritus, que muchos letrados que estaban presentes, no se sorprendieron poco con lenguaje tan exacto de parte de una persona sencilla y sin instruccion. Pero toda su argumentacion tuvo por

objeto extinguir las enemistades y producir las reconciliaciones. Pobre en sus hábitos, de aspecto miserable y continente humilde, puso Dios, sin embargo, tal eficacia en sus palabras, que varias familias nobles, entre las cuales una rabia inhumana y odios interesados habian sostenido hostilidades furiosas con gran efusion de sangre, volvieron á disposiciones pacíficas ¹."

Una dama noble de Asís, llamada Clara, tocada de su ejemplo y discursos, abandonó el mundo y fundó las religiosas de santa Clara (clarisas) que adoptaron la misma regla.

Encontrándose Francisco indeciso en la cuestion de saber lo que valia mas, si la oracion ó la predicacion, Clara y el hermano Silvestre le persuaden que esta última. Se dirige á Roma lleno de alegría y pide al papa el permiso de ir en busca de conversiones y esponerse al martirio, ejerciendo el apostolado: despues va á España, Berbería, Egipto, para esta cruzada no sangrienta, en la que el grito de guerra era: *¡La paz sea con nosotros!* Llegó á Egipto en la época en que los cruzados sitiaban á Damietta. Melek-Kamel, ante quien se presentó, le oyó esponer el Evangelio, desafiar á todos los doctores de la ley y ofrecer saltar una hoguera para probar la verdad de la

1 Ap. Joh. Lucium, de Regno Dalmat.

doctrina que anunciaba, si bien no le hizo daño alguno ni logró el martirio.

Francisco decia á aquellos de sus hermanos que enviaba á predicar: "Caminad de dos en dos en nombre del Señor, con humildad y modestia, particularmente con un silencio absoluto, desde la mañana hasta la hora de tercia, orando mentalmente. Que no se digan entre vosotros palabras vanas é inútiles, y aun en el camino, portaos modesta y humildemente como si estuvieseis en una ermita ó en vuestra celda. Porque en cualquier lugar en que nos encontremos, tenemos siempre con nosotros nuestra celda, que es el cuerpo, hermano nuestro, siendo el alma el ermitaño que habita esta celda para orar y pensar en Dios. Si pues el alma no está en descanso en esta celda, de nada sirve á los religiosos la celda exterior. Que vuestra conducta en la poblacion sea tal, que todos los que os vean ú os escuchen tengan que alabar al Padre celestial. Anunciad la paz á todos, pero tenedla tanto en el corazon como en los labios, y aun mas en aquel. No deis ocasion de escándalo ó cólera, pero haced por vuestra mansedumbre que cada uno se incline á la bondad, á la paz, á la concordia. Somos llamados á curar los heridos, á volver al camino á los extraviados. Ahora bien, muchos os parecerán miembros del diablo, que serán un dia discípulos de Jesus."

Imploró del cielo y del pontífice, para su capi-

lla de la Porciúncula, una indulgencia que no costase ninguna ofrenda el obtenerla. Aun se proclama todos los años el 2 de Agosto, á la hora solemne de la aparicion de María: una multitud innumerable acude de los paises comarcanos para pedir la efusion gratuita de la gracia.

Aquellos cuyas peregrinaciones no se limitan á visitar el cuarto de Voltaire y la isla de Rousseau, van á recorrer con emocion las colinas y lagos que rodean aquel delicioso valle, poblado de afectuosos recuerdos. En aquel majestuoso templo de santa María de los Angeles, construido para la pobreza y no para el fausto, como tantos otros, se complacen en meditar sobre la santidad y los poderes salidos de la humilde ermita que encierra en sus benditas paredes.

Los discípulos de S. Francisco observaron fielmente la regla, y para vivir en Roma el hermano Egidio iba á cortar leña que vendia. Por esta razon eran por todas partes tan venerados, que las poblaciones los recibian echando á vuelo las campanas, llevando ramos de olivo en las manos. No esde admirar que las órdenes mendicantes haya ejercido sobre el pueblo mas influencia que las demas, porque partian con él el pan de cada dia, y el pueblo respeta una independencia adquirida con sacrificios voluntarios.

Depues de tantos esfuerzos y de tantos trabajos para consumir su obra, sonó la última hora